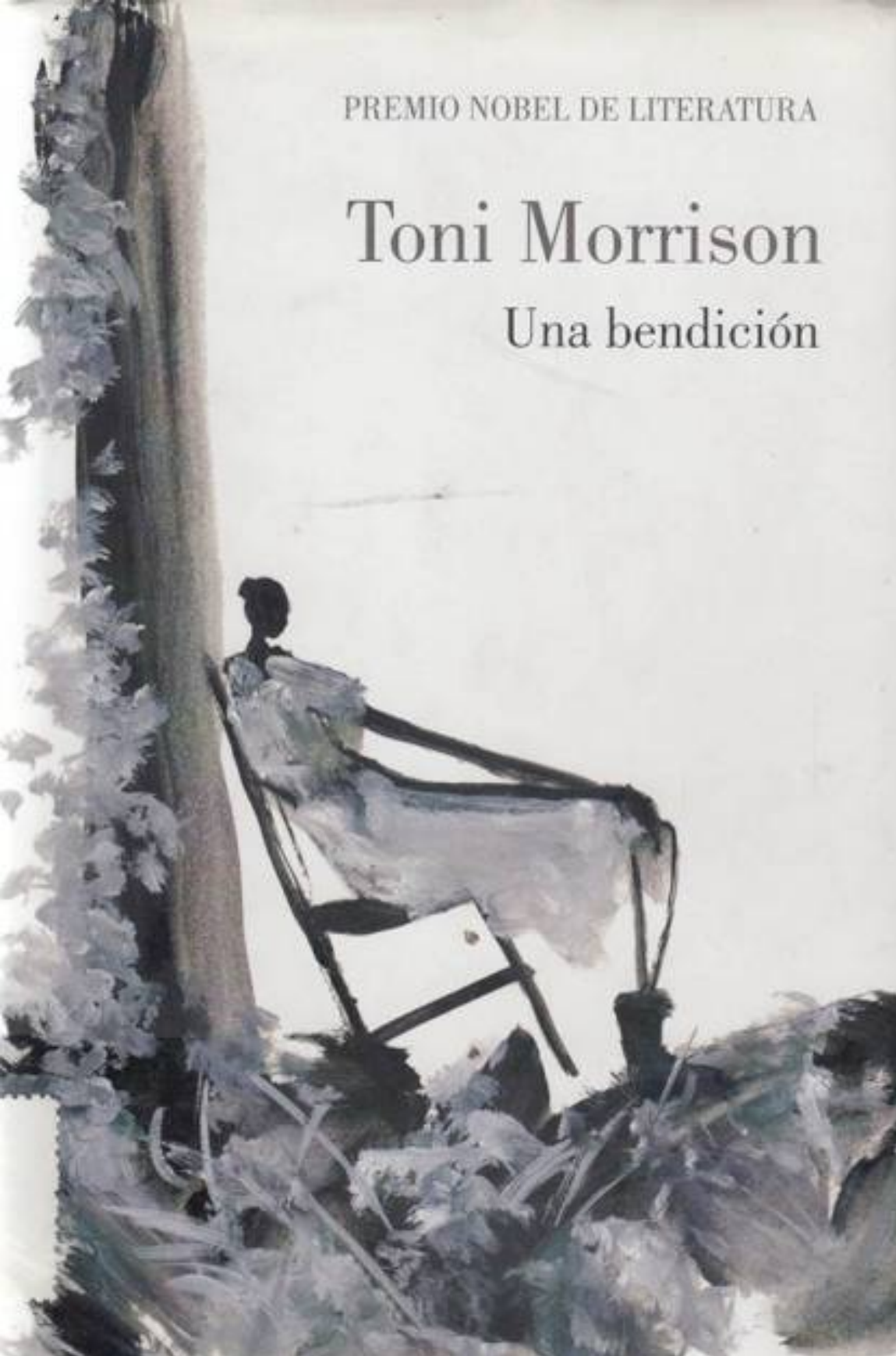


PREMIO NOBEL DE LITERATURA

Toni Morrison

Una bendición



El miedo y la pasión son sentimientos que nos hacen caminar al límite de nuestras fuerzas y nos empujan hacia delante, recorriendo caminos arriesgados. Florens, una joven de dieciséis años con manos de esclava y pies de princesa, recorre un largo trecho para buscar al hombre libre que llegó un día a la granja donde ella trabaja y fue capaz de curar la enfermedad de Dolor, una esclava, pero que al irse se llevó el amor de Florens.

Corren los últimos años del siglo XVII; la espesura de los bosques que pueblan América aún gobierna el espíritu de los hombres y todo, o casi, puede comprarse y venderse; el mundo entero parece a punto de ser inventado por la mano del colono blanco, que se mueve entre los prejuicios y el afán de conseguir bienes materiales, pero ahora en la granja solo han quedado mujeres, y Rebekka, la dueña del lugar, está enferma. Florens camina, corre en busca del hombre libre para devolverlo a la granja, para que sus manos curen los males del ama y acaricien otra vez su cuerpo de mujer joven que despierta a la vida. Así, ese viaje se convierte en un canto de amor, de rabia y de nostalgia, donde la llaga de la esclavitud se mezcla con el deseo de posesión y toma matices insólitos, extrañamente actuales.

*A R. G. Por décadas de ingenio,
perspicacia e intelecto. Gracias.*

No temas. Mi relato no puede hacerte daño a pesar de lo que he hecho y te prometo que yaceré tranquilamente en la oscuridad, tal vez llorando o en ocasiones viendo una vez más la sangre, pero nunca volveré a estirar mis extremidades para levantarme y enseñar los dientes. Te lo explico. Si quieres, puedes considerar lo que te cuento como una confesión, pero llena de curiosidades habituales solo en los sueños y en esos momentos en los que el vapor de una tetera adopta la forma del perfil de un perro. O cuando un muñeco de farfolla sentado en un estante aparece de pronto despachurrado en un rincón de la sala y el malévolos motivo por el que está ahí resulta evidente. Cosas más extrañas suceden continuamente en todas partes. Lo sabes. Sé que lo sabes. Un interrogante: ¿quién es responsable? Otro: ¿sabes interpretar? Si una pava real se niega a empujar, me apresuro a interpretarlo y, con toda seguridad, esa noche veo a *minha máe* en pie y con su hijito de la mano, mis zapatos metidos en el bolsillo del delantal. Otros signos requieren más tiempo para comprenderlos. A menudo hay demasiados signos, o un brillante augurio se nubla con demasiada rapidez.

Los clasifico todos e intento recordar, pero sé que es mucho lo que pierdo, como no interpretar a la culebra que reptaba hasta el umbral de la puerta para morir. Deja que comience por lo que sé con seguridad.

En el comienzo están los zapatos. De niña no soporto ir descalza y siempre pido por favor unos zapatos, no importa de quién sean, incluso en los días más calurosos. Mi madre, a *minha máe*, frunce el ceño, le enoja lo que considera mi

tendencia a emperifollarme. Solo las malas mujeres usan zapatos de tacón alto. Me dice que soy peligrosa y alocada, pero cede y permite que me calce los zapatos desechados en la casa de la *senhora*, puntiagudos, con un tacón roto y el otro desgastado y una hebilla en el empeine. El resultado, según Lina, es que mis pies son inútiles, siempre serán demasiado delicados para la vida y jamás tendrán las fuertes plantas, más duras que el cuero, que la vida requiere. Lina tiene razón. Florens, me dice, estamos en 1690. ¿Quién más en estos tiempos tiene las manos de esclava y los pies de dama portuguesa? Así pues, cuando parto en tu busca, ella y la señora me dan las botas del señor, apropiadas para un hombre pero no para una chica. Las rellenan con heno y cascabillo grasiento y me dicen que esconda la carta dentro de la media, aunque me pique el lacre. Sé leer, pero no leo lo que la señora escribe y lo que Lina y Dolor no pueden leer. Sin embargo, sé lo que he de decir a cualquiera que me detenga.

La cabeza me da vueltas debido a la confusión sobre dos cosas: el hambre de ti y el temor a perderme. Nada me asusta más que este encargo y nada es más tentador. Desde el día que desapareces sueño y especulo. Para saber dónde estás y cómo llegar allí. Quiero correr por el sendero entre los arces y los pinos blancos, pero me pregunto en qué dirección. ¿Quién me lo dirá? ¿Quién vive en el bosque virgen entre esta granja y tú? Y, ¿me prestará su ayuda o me hará daño? ¿Qué me dices de los osos sin huesos del valle? ¿Recuerdas? ¿La manera en que mueven sus pellejos como si no hubiera nada debajo? El olor prendido a su belleza, sus ojos que nos conocen desde cuando también éramos fieras. Tú diciéndome que ese es el motivo por el que resulta fatal mirarlos a los ojos. Se acercarán, correrán hacia nosotros deseosos de amar y jugar, y nosotros lo interpretaremos mal y les devolveremos temor y enojo. Lina dice que ahí anidan también aves gigantes, mayores que vacas, y añade que no todos los nativos son como ella, de modo

que he de tener cuidado. Los vecinos dicen que es una salvaje que reza, porque va a la iglesia y hasta se baña a diario, cosa que los cristianos no hacen jamás. Debajo lleva cuentas de color azul brillante y baila en secreto con las primeras luces del día cuando la luna es pequeña. Más que a los osos cariñosos o las aves mayores que vacas, temo a la noche sin caminos. Me pregunto cómo voy a encontrarte en la oscuridad. Ahora, por lo menos, hay un camino. Tengo órdenes. Todo está preparado. Veré tu boca y deslizaré mis dedos por ella. Tú apoyarás de nuevo el mentón en mi cabello mientras respiro en tu hombro, una y otra vez. Me alegro de que el mundo se abra para nosotros, aunque su novedad me hace temblar. Para llegar a ti debo abandonar el único hogar, la única gente que conozco. Lina dice que, a juzgar por el estado de mis dientes, debía de tener siete u ocho años cuando me trajeron aquí. Desde entonces, hemos hervido ocho veces ciruelas silvestres para hacer mermelada y tarta, por lo que debo de tener dieciséis. Antes de llegar aquí me pasaba los días recogiendo quingombó y barriendo cobertizos de tabaco, y las noches en el suelo de la cocina con *a minha máe*. Estamos bautizados y seremos felices cuando termine esta vida. Eso es lo que nos dice el reverendo padre. Una vez cada siete días aprendemos a leer y escribir. Tenemos prohibido abandonar el lugar, por eso los cuatro nos escondemos cerca de la marisma. Mi madre, yo, su hijito y el reverendo padre. Él tiene prohibido hacerlo, pero nos enseña de todos modos, atento por si aparecen malvados virginianos y protestantes que quieren capturarlo. Si lo pillan, irá a la cárcel o tendrá que pagar dinero o ambas cosas. Tiene dos libros y una pizarra. Nosotros tenemos palos para dibujar en la arena, guijarros para formar palabras sobre rocas planas y lisas. Cuando hemos memorizado las letras, formamos palabras enteras. Soy más rápida que mi madre, y su hijito no tiene la menor habilidad. Soy capaz de escribir con mucha rapidez y de memoria el credo niceno, incluidas todas las comas. La confesión

no la realizamos por escrito, como estoy haciendo ahora. Lo he olvidado casi todo hasta ahora. Me gusta hablar. Lina habla, la piedra habla, incluso Dolor habla. Lo mejor de todo es hablar. Al principio, cuando me traen aquí, no digo una sola palabra. Todo lo que oigo es diferente de lo que las palabras significan para *a minha mãe* y para mí. Las palabras de Lina no dicen nada que yo conozca. Las de la señora tampoco. Lentamente se forman breves frases en mi boca y no en la piedra. Lina dice que el lugar de mis frases en la piedra es la Tierra de María, donde el señor se dedica a sus negocios. De modo que es ahí donde mi madre y su hijito están enterrados. O lo estarán si alguna vez deciden descansar. Dormir en el suelo de la cocina con ellos no es tan agradable como dormir en el trineo roto con Lina. Cuando hace frío, rodeamos con tablas nuestra parte del establo de las vacas y nos cogemos de los brazos bajo las pieles. No olemos la bosta de vaca porque está congelada y nos cubren las pieles. En verano, si los mosquitos rondan las hamacas, Lina prepara un sitio fresco para dormir bajo las ramas. A ti no te gusta la hamaca, prefieres el suelo incluso cuando llueve y el señor te ofrece el almacén. Dolor ya no duerme cerca de la chimenea. Los hombres que te ayudan, Will y Scully, nunca pasan aquí la noche porque su dueño no se lo permite. Te acuerdas de ellos, ¿verdad?, no aceptaban órdenes tuyas hasta que se las daba el señor. Él podía hacerlo porque habían sido intercambiados por tierras en usufructo del señor. Lina dice que el señor tiene una manera inteligente de obtener sin dar. Sé que eso es cierto porque lo veo constantemente. Yo miro, mi madre escucha, el bebé en su cadera. El *senhor* no paga toda la cantidad que debe al señor, y este dice que se quedará con la mujer y la niña, no el bebé, y la deuda estará saldada. *A minha mãe* le ruega que no lo haga. Su bebé todavía mama. Llévase a la chica, le dice, a mi hija, le dice. A mí. A mí. El señor acepta y cambia el saldo pendiente. En cuanto la hoja de tabaco cuelga para secarse, el reverendo padre me lleva

en una balsa, luego en un queche, después en un barco y me mete entre sus cajas de libros y comida. El segundo día hace un frío que hiela la sangre y me alegro de tener una capa, por delgada que sea. El reverendo padre se excusa antes de irse a otra parte del barco y me dice que no me mueva de donde estoy. Se me acerca una mujer y me dice que me levante. Lo hago y me quita la capa de los hombros. Luego me quita los zuecos. Se marcha. La cara del reverendo padre se vuelve de un rojo pálido cuando regresa y se entera de lo ocurrido. Va de un lado a otro preguntando quién ha sido, pero nadie le contesta. Finalmente, coge unos trapos, trozos de vela tirados por ahí, y me envuelve los pies. Ahora sé que, al contrario que el *senhor*, aquí no quieren a los sacerdotes. Un marinero escupe al mar cuando el reverendo padre le pide ayuda. El reverendo padre es el único hombre amable que he visto jamás. Cuando llego aquí, creo que este es el lugar contra el que me ha advertido. La congelación en el infierno que precede al fuego eterno donde los pecadores burbujan y se chamuscan para siempre. Pero él dice que el hielo viene primero. Y cuando veo los cuchillos de hielo que penden de las casas y los árboles y noto que el aire blanco me quema la cara, estoy segura de que llegará el fuego. Entonces Lina sonríe al mirarme y me envuelve para darme calor. La señora desvía la mirada. Tampoco a Dolor le alegra verme. Agita la mano ante su cara, como si la molestaran las abejas. Siempre está rara y Lina dice que vuelve a estar embarazada. No se sabe quién es el padre y Dolor no quiere decirlo. Will y Scully se ríen y niegan que tengan nada que ver. Lina cree que es el señor. Dice que tiene un motivo para creerlo. Cuando le pregunto qué motivo, responde que él es un hombre. La señora no dice nada. Yo tampoco. Pero algo me preocupa. No porque tengamos más trabajo, sino porque las madres que amamantan a bebés insaciables me asustan. Sé qué expresión tienen sus ojos cuando quieren. Cómo los alzan para mirarme con dureza mientras dicen algo que no pue-

do oír. Mientras dicen algo importante para mí pero sujetan la mano del chiquitín.

El hombre avanzaba a través del oleaje, pisando con cuidado los guijarros y la arena, hasta la orilla. La niebla, el Atlántico y el olor a vida vegetal cubrían la bahía y le obligaban a moverse más despacio. Veía sus botas chapoteando, pero no su zurrón ni sus manos. Cuando el oleaje quedó a sus espaldas y las suelas de las botas se hundieron en el barro, se volvió para saludar agitando la mano a los tripulantes del balandro, pero, como el mástil había desaparecido en la niebla, no sabía si seguían anclados o se habían arriesgado a navegar bordeando la costa y determinando aproximadamente la situación de puertos y muelles. Al contrario que la niebla inglesa que había conocido desde que empezó a dar sus primeros pasos, o las del lugar muy al norte donde vivía ahora, aquella estaba encendida por el sol, que convertía el mundo en espeso y caliente oro. Penetrarla era como debatirse en un sueño. Cuando el barro cedió el paso a la hierba marismeña, el hombre torció a la izquierda y caminó ágilmente hasta que tropezó con el camino entablado que llevaba a la aldea desde la playa. Aparte del sonido de su respiración y el de sus pasos, el mundo era insonoro. Solo cuando hubo alcanzado los robles, la niebla titubeó y se abrió. Entonces el hombre avanzó con mayor rapidez, más seguro, pero también echando de menos el oro cegador que había atravesado.

Caminando con creciente confianza, llegó a la destartada aldea dormida entre dos enormes plantaciones a la orilla del río. Allí persuadió al mozo de cuadra de que le perdonara el depósito si le firmaba una anotación: Jacob Vaark. La silla era de mala calidad, pero la yegua, Regina,

era un buen animal. Montado, se sintió mejor y cabalgó despreocupado y demasiado rápido a lo largo de la playa, hasta que tomó una antigua senda de los indios lenape. Allí había motivos para ser cauto y refrenó a Regina. En aquel territorio no podía estar seguro de quién era amigo o enemigo. Seis años atrás un ejército de negros, nativos, blancos y mulatos —libertos, esclavos y siervos por deudas— había librado una guerra contra la aristocracia terrateniente del lugar, dirigida por miembros de esa misma clase. Cuando aquella «guerra del pueblo» perdió sus esperanzas a manos del verdugo, todo lo que había hecho, y que incluía la matanza de tribus que se les habían enfrentado y gobernar las Carolinas desde su tierra, engendró una masa de nuevas leyes que autorizaban el caos en defensa del orden. Al eliminar la manumisión, así como las reuniones, los viajes y la tenencia de armas por parte de los negros; al conceder licencia a cualquier blanco para matar a cualquier negro por cualquier razón; al compensar a los dueños por la mutilación o la muerte de un esclavo, separaron y protegieron para siempre a los blancos de todos los demás. Cualquier mejora social entre la aristocracia terrateniente y los trabajadores, forjada antes de aquella rebelión y durante ella, se desmoronó bajo un martillo blandido en interés de los beneficios de la aristocracia terrateniente. En opinión de Jacob Vaark, aquellas eran unas leyes ilegales que estimulaban la crueldad a cambio de una causa común, si no de la virtud común.

En resumen, corría 1682 y Virginia seguía siendo un desastre. ¿Quién podía mantener las enconadas batallas por Dios, el rey y la tierra? Aun con la seguridad relativa que le daba el color de su piel, viajar a solas requería prudencia. Vaark sabía que era posible cabalgar durante horas sin más compañía que la de los gansos que sobrevolaban los ríos y lagos tierra adentro, y de repente, desde detrás de unos árboles talados, podía salir un desertor hambriento con una pistola en la mano, o una familia de fugitivos podía estar al

acecho en una hondonada, o un delincuente armado podía amenazarle. Como iba cargado con varias clases de especias y solo tenía un cuchillo, era un blanco apetecible. Ansioso por verse fuera de aquella colonia y en otra menos precaria aunque más repelente, Jacob acució a la yegua para que corriera más. Desmontó dos veces, la segunda para liberar la ensangrentada pata trasera de un cachorro de mapache atrapada bajo un árbol caído. Regina mascaba la hierba que crecía al borde del camino, mientras él trataba de actuar con la mayor suavidad posible, evitando las garras y los dientes del asustado animal. Cuando lo hubo conseguido, el mapache se alejó renqueando, tal vez al encuentro de la madre obligada a abandonarlo o, más probablemente, hacia otras garras.

Siguió galopando, sudaba de una manera tan copiosa que los ojos le escocían y el cabello se le apelmazaba en los hombros. Era el mes de octubre y Regina estaba empaçada y resoplaba. Vaark pensó que allí no debía de existir el invierno y que bien podría encontrarse en Barbados, donde había pensado ir en cierta ocasión, aunque se rumoreaba que en aquella isla el calor era más letal que en el lugar donde ahora estaba. Pero eso sucedió años atrás y la decisión quedó sin efecto antes de que hubiera podido actuar en consecuencia. Un tío al que no conocía, del lado de su familia que le había abandonado, le dejó al morir cuarenta y ocho hectáreas de tierras incultas en un clima que él prefería a cualquier otro, un clima con las cuatro estaciones bien marcadas. Aquella niebla, cálida y cuajada de mosquitos, no le desanimaba. A pesar de la larga travesía en tres naves por tres extensiones de agua diferentes y ahora el duro avance a lomos de caballo por la senda de los lenape, el viaje le encantaba. Respirar el aire de un mundo tan nuevo, casi alarmante por su crudeza y sus tentaciones, no dejaba de vigorizarle. Más allá del cálido oro de la bahía vio bosques intocados desde los tiempos de Noé, costas tan hermosas que hacían saltar las lágrimas, animales y plantas

silvestres al alcance de la mano para alimentarse. Las mentiras de la Compañía acerca de los fáciles beneficios que aguardaban a todos los recién llegados no le sorprendieron ni le desalentaron. A decir verdad, eran las penalidades, la aventura, lo que le atraía. Toda su vida había sido una mezcla de enfrentamiento, riesgo y apaciguamiento. Allí estaba ahora, un huérfano zarrapastroso convertido en terrateniente haciéndose un lugar de la nada, una vida sobria de una vida dura. Le gustaba no saber nunca qué iba a encontrar en su camino, quién se le podría acercar y con qué intenciones. Pensaba con rapidez y enrojecía de placer cuando una crisis, grande o pequeña, requería inventiva y acción inmediata.

Balanceándose en la silla de montar mal hecha, seguía adelante mientras sus ojos abarcaban el entorno. Conocía muy bien el paisaje, desde años atrás, cuando aún pertenecía a la vieja nación sueca y, más tarde, cuando él era un agente de la Compañía. Y más tarde todavía, cuando los holandeses se pusieron al frente del territorio. Durante aquella disputa, y cuando hubo terminado, no tenía mucho sentido saber quién reclamaba tal o cual terreno, tal o cual puesto avanzado. Aparte de ciertos nativos, a los que les pertenecía todo, de un año para otro un trozo de tierra podía ser reclamado por una iglesia, controlado por la Compañía o tal vez convertirse en propiedad privada como regalo regio a un hijo o una favorita. Puesto que las reclamaciones de tierras eran continuas, salvo en las anotaciones en escrituras de venta, Vaark prestaba escasa atención a los nombres nuevos o antiguos de ciudades o fuertes: Fort Orange, Cabo Henry, Nieuw Amsterdam, Wiltwyck. En su geografía personal, se trasladaba desde Algonquin a Sesquehanna pasando por Chesapeake, y atravesando el territorio lenape, puesto que las tortugas tenían una longevidad superior a la de las ciudades. Cuando navegó por el río South y entró en la bahía de Chesapeake desembarcó, encontró una aldea y recorrió a caballo sendas de los nativos,

procurando no dañar sus maizales, respetando sus terrenos de caza, pidiendo cortésmente permiso para entrar en un villorrio aquí y una aldea allá. Abrevaba su caballo en un arroyo determinado y evitaba la amenazadora marisma que lindaba con los pinos. Reconocer la vertiente de ciertas colinas, un bosquecillo de robles, una madriguera abandonada, el olor repentino a savia de pino..., todo esto era más que valioso para él, era esencial. En un territorio tan bien dispuesto, Jacob sabía que al salir de un pinar que bordeaba la marisma se encontraría al fin en Maryland, la Tierra de María que de momento pertenecía al rey. Por completo.

Al entrar en aquel país de propiedad privada, sus sentimientos se enzarzaron en una pelea y quedaron empataados. Al contrario que las colonias a lo largo de la disputada costa, por las que se combatía y a las que regularmente se cambiaba de nombre, su comercio limitado a la nación que resultara victoriosa, la provincia de Maryland permitía el comercio con mercados extranjeros, lo cual era bueno para los hacendados, mejor para los mercaderes y óptimo para los agentes. Pero el palatinado era católico romano hasta el tuétano. Los sacerdotes se paseaban por los pueblos, los templos amenazaban las plazas, las siniestras misiones se alzaban en el borde de las aldeas nativas. La ley, los tribunales y el derecho eran de su exclusivo dominio, y unas mujeres con ropa demasiado elegante y zapatos de tacón alto viajaban en carretas conducidas por negros de diez años. A él le ofendía la astucia relajada y vulgar de los papistas. «Aborrece a esa redomada puta de Roma». Todos los alumnos en la sección infantil del hospicio habían memorizado estos versos de su manual: «Y todas sus blasfemias / no bebas de su copa maldita, / no obedezcas sus decretos». Lo cual no significaba que no pudieras hacer negocio con ellos, y él había cerrado no pocos tratos, sobre todo allí, donde el tabaco y los esclavos estaban casados, uno y otro del brazo. Debido a una violencia prolongada o una enfermedad repentina, uno u otro podía derrumbarse, lo cual

era un inconveniente para todo el mundo excepto para el prestamista.

Podemos dejar de lado el desdén, por difícil que sea encubrirlo. En sus tratos anteriores con aquella finca había hablado con el empleado del propietario, sentados los dos en taburetes a una mesa de la cervecería. Ahora, por alguna razón, había sido invitado, más bien convocado, a la casa del hacendado, una plantación llamada Jublio. ¿Un mercader invitado a cenar con un caballero? ¿En domingo? Pensó que debían de haber surgido problemas. Finalmente, dando manotazos a los mosquitos y ojo avizor por si aparecían serpientes acuáticas que asustaran a la yegua, atisbo las anchas puertas de hierro de Jublio y guió a Regina para franquearlas. Tenía noticia de lo magnífica que era la finca, pero lo que aparecía ante sus ojos le pilló desprevenido. La casa, de piedra color miel, realmente parecía más bien un palacio cortesano. Lejos, a la derecha, más allá de las verjas de hierro que rodeaban la finca y suavizadas por la niebla, vio hileras de dependencias, silenciosas, desiertas. Supuso que los hombres estaban en el campo, tratando de limitar los daños que las tormentas habían causado a las cosechas. El grato olor de las hojas de tabaco, como las chimeneas y las buenas mujeres que servían cerveza, envolvían Jublio como un bálsamo. El camino finalizaba en una placita enladrillada, que anunciaba el orgulloso acceso a un porche. Jacob se detuvo y, desmontando con cierta rigidez, dio las riendas al muchacho.

—Solo agua, nada de forraje.

—Sí, señor —respondió el chico, quien hizo dar la vuelta a la yegua y se alejó con ella, mientras le susurraba—: Guapa dama. Guapa dama.

Jacob Vaark subió los tres escalones de ladrillo, y después retrocedió para contemplar la casa. Dos anchas ventanas, con dos docenas de cristales en cada una por lo menos, flanqueaban la puerta. Otras cinco ventanas en un amplio primer piso retenían la luz del sol que brillaba por enci-